

Capítulo 31 - Luces pálidas

- [Capítulo 31 - Luces pálidas](#)

Capítulo 31 - Luces pálidas

Hasta esta mañana, Song no hubiera considerado posible comer una naranja con burla, pero la capitana Wen Duan estaba ampliando sus horizontes.

Ella presionó su pulgar en medio de la cáscara, partiéndola a la mitad a la fuerza, y por la forma en que la comandante Salimata Bouare la miraba, ella le ordenaría colgarla y partirla en cuatro si tuviera la autoridad. Song no estaba del todo segura de que no tuviera razón, considerando que esa era la segunda naranja que Wen sometía a ese trato y que había manchado sus sábanas de pulpa.

Su patrón se encontraba a la izquierda de la cama, equilibrado precariamente sobre un taburete requisado en el hospital, ya que todas las sillas habían sido arrastradas hacia la derecha de Song. Tenía una pequeña bolsa sobre sus piernas dobladas, con una última naranja aún intacta, y un pañuelo rojo doblado que evitaba usar en lo que Song solo podía llamar un acto de violencia social.

A su derecha, tres estaban sentados y uno de pie. El contratista de Someshwari junto a su lecho, los dos escribientes un poco más atrás y la comandante Salimata recostada contra la pared, con los brazos cruzados y una expresión de acero en el rostro. Ella había estado de mal humor desde que llegó, y no ayudaban las payasadas de Wen.

Al escucharla hablar, Song se sorprendió al darse cuenta de que la mujer de piel oscura no era malani. Dado su acento melodioso y los pendientes elaborados con oraciones a un dios protector, debía ser Jahamai, procedente de aquella remota región oriental limítrofe con Pandemonium. No eran un pueblo nómada, lo que los hacía poco frecuentes, pero Song suponía que algunos debían unirse a la Guardia.

Después de todo, las autoridades de negro que aún estaban en los baluartes alrededor de la capital del Infierno, tenían lazos con ese país ancestral y adinerado.

Durante la entrevista, la comandante permaneció en gran medida en silencio, intercambiando miradas oscuras con Wen, que sonreía, mientras que el anciano de los dos escribientes—también de piel oscura, pero claramente malani—formulaba las preguntas y el menor anotaba la historia. Ahora, que Song había sido agotada de cada detalle que lograba recordar, la comandante finalmente habló. Song deseó fervientemente que no lo hubiera hecho, y no era la única que pensaba así.

Casi, pero no del todo, merecedor de los futuros crímenes cítricos.

“Ha sido muy clara,” dijo la capitana Wen, “en que solo responderá a las preguntas enviadas con anticipación. No me importa lo que quieran, ella tiene todo el derecho de hacerlo.”

Esperaba que Wen se molestara por ser llevado al hospital a esas horas de la madrugada—apenas las cinco—pero, para sorpresa, había estado casi en tono jovial. Cabe aclarar, los buenos humores de Wen siempre provenían a expensas de alguien más, así que no sorprendía que estuviera siendo una piedra en el zapato de la superior de los negros.

“La solicitud fue hecha por los patrones de los fallecidos,” reconoció la comandante Salimata, “pero no es una petición irracional.”

Ese acento melódico en las palabras haría que sonara amable, incluso si estuviera ordenando azotar a alguien hasta la muerte, pensó Song. La mandíbula de Wen se tensó.

“Song Ren es un oficial en fila,” espetó. “¿Se niega a defender sus derechos bajo la carta de la Guardia?”

Song casi quedó fascinada por la escena. La comandante alta y de rostro severo no era la oficial de mayor rango en la guarnición de Tolomontera. Su rango la situaría al mando de un batallón, al menos seiscientos hombres, mientras que Song suponía que una isla de ese tamaño debía estar defendida por un regimiento de al menos mil quinientos soldados. Quien comandaba la guarnición sería un coronel. Pero una comandante, eso sí, seguiría siendo uno de los tres oficiales de mayor rango en Tolomontera.

Y Wen Duan la perseguía con la expresión verbal de un grito y una pata de mesa.

“Yo no he hecho esto,” dijo Salimata con frialdad. “Solo he transmitido una solicitud a tu estudiante, Duan. Y no te corresponde decidir en su nombre.”

Sus ojos castaños y fríos se dirigieron hacia Song.

“¿Capitán Ren?”

Song sabía muy bien que no debía creer que un intento de evitar a su protectora fuera una muestra de halago.

“Puede que esté dispuesta a responder la pregunta si me permiten leerla primero,” replicó.

“Eso no es lo que se solicitó,” afirmó la comandante Salimata con tono severo.

No, no lo era. Querían formularla a ciegas enfrente de un portador de la verdad, porque alguien la consideraba una tonta absoluta.

“Es lo que puedo ofrecer,” respondió Song.

La mujer mayor la observó con intensidad.

“Cuatro estudiantes han muerto,” dijo. “No es asunto trivial, muchacha.”

“Sí,” concordó Song. “Mi tentativa de asesinato debe ser investigada a fondo.”

La comandante Salimata soltó una carcajada despectiva y volteó la mirada. Sus ojos se posaron en la más joven de las dos escribientes.

“Entrégale la hoja con la pregunta,” ordenó la comandante. “Song Ren rechazó la petición de los patrocinadores del Trigésimo Cuarto y Cuarenta y Ocho, pero aceptó que la cuestión fuera planteada para su consideración.”

La joven escribiente Tianxi asintió, aclaró su garganta y vaciló con su pluma, dudando si primero escribir notas o entregar la hoja. Casi volcó la tinta de su tintero, pero la otra escribiente se inclinó para atraparla en el último momento, mientras Song sintió una punzada de Compasión al ver cómo la mirada de la comandante Salimata se volvía glacial ante la escena.

Finalmente le entregaron el papel doblado, con una pregunta tan cargada como había previsto: ¿fuiste tú la primera en usar fuerza letal? Wen aclaró su garganta, así que ella se inclinó y le mostró el contenido. La carcajada que se desprendió fue despiadada.

“Tienes fama de mujer justa, comandante,” dijo Wen. “Esto es decepcionante.”

La comandante Salimata permaneció imperturbable.

“Es información que resulta relevante al emitir juicio,” respondió ella. “Que la pregunta se hiciera en un intento de manchar la reputación de la capitán Ren no tiene importancia.”

Los puños de Song se apretaron. Para ella, eso no era algo sin importancia.

“Si un portador de la verdad la formula durante una investigación oficial, quedará en su expediente por el resto de su carrera,” afirmó Wen con tono seco. “La mayoría de los oficiales no echarán de menos si ella queda exenta de toda culpa.”

Sus ojos se dirigieron rápidamente al gran hombre y la garganta de Song se apretó. En realidad, ella no sabía eso. Significaba que Wen acababa de salvarla de una mancha permanente en su historial. Era algo desconcertante sentir una gratitud genuina hacia aquel hombre.

“No fui designada para gestionar reputaciones,” replicó la comandante Salimata. “Fui enviada para descubrir la verdad. Capitán Ren, ¿la pregunta?”

“Declino responder,” contestó Song con calma forzada.

“Anótalo, muchacha,” dijo la comandante, mirando a la joven escribiente. “Procedemos con las preguntas acordadas, entonces. Teniente Kumar, ¿puede usted?”

El teniente Kumar Dalal—había aprendido su apellido al observar su contrato—era un someshwari de baja estatura y con acné. Asintiendo ante la orden implícita, empezó a explicar los aspectos más esenciales de este contrato para portadores de la verdad. Song ya lo había revisado mientras preparaban todo, aunque era de mala educación decirlo.

Los conceptos no eran demasiado difíciles de entender. Tras tocar a alguien, el teniente Kumar podía realizar “apuestas” acerca de esa persona durante los siguientes nueve minutos. Si ganaba la apuesta con su dios, recibía una infusión de ‘vida’—vitalidad, pensó Song, aunque el significado exacto no estaba del todo claro. Si perdía la apuesta, su dios le rompía uno de sus dedos.

Era una de esas personas aficionadas al humor slapstick.

El teniente Kumar tocó su muñeca tras pedir permiso, y luego explicó que haría la misma apuesta cada vez: que Song no mentiría conscientemente al responder la próxima pregunta que se le hiciera. Dado que entonces levantó su mano izquierda en vertical, los resultados serían evidentes e inmediatos si ella mentía. A los ojos de Song, una mano fantasmagórica de color rojo se formó alrededor del teniente, con dos dedos translúcidos que sujetaban delicadamente el dedo índice de Kumar.

El teniente leyó en voz alta los cuatro nombres de sus atacantes.

“¿Fue emboscada por los estudiantes que acabo de nombrar?” preguntó.

“Sí,” respondió Song.

Sus ojos se dirigieron a su mano levantada, que no mostraba ningún dedo quebrado. La pluma del anciano escriba rasguñaba el papel.

“¿Tenías motivos razonables para creer que tenían la intención de matarte?”

“Renshu expresó su intención de matarme y ninguno de los demás le contradijo,” contestó Song.

No se escuchó un crujido en sus dedos. Escritura furiosa.

“¿Cuántos de los cuatro mataste?”

“Sólo uno,” respondió ella. “Liu.”

“¿Cómo murieron los otros?”

Esa había sido la pregunta que le habían modificado. La formulación original era “qué los mató,” pero sin conocer la naturaleza del contrato al que sería sometida, no había forma de saber si sería forzada a revelar la conexión de Maryam con la entidad. Ella argumentó que su desconocimiento respecto a la entidad involucrada podría hacer que mentiera sin querer, a lo que la comandante Salimata estuvo de acuerdo en modificar la pregunta.

“Fueron atacados por una entidad que los asesinó mediante el uso de Gloam,” respondió cuidadosamente Song.

Y ahora la última pregunta.

“¿Has tenido contacto con esa entidad antes?”

“No conscientemente.”

Y así culminó aquello. El teniente Kumar exhaló, su acné mucho más escaso, y la mano fantasmagórica de color rojo que sostenía uno de sus dedos se disipó. Ya no usaba su contrato. Fue despedido por la comandante y se marchó tras una reverencia cortés. La comandante Salimata revisó el trabajo de los escribas, asentó satisfecha y asintió con aprobación.

“Como no tengo motivos para creer que Song Ren represente un peligro para otros estudiantes, procedo a revocar formalmente la vigilancia domiciliaria que tenía,” declaró la mujer de piel oscura.

Bien, podría asistir a clase. Y afrontar la conversación más importante que la aguardaba después. En cuanto redactó la revocación, los escribas fueron despedidos para unirse al teniente Kumar.

“Gracias,” dijo Song.

“No hace falta que las agradezca,” respondió la comandante Salimata. “Estás ocultando algo, pero está claro que realmente fuiste atacada por los estudiantes desaparecidos y que sobreviviste por casualidad.”

Hizo una pausa.

“No podemos recuperar los cuerpos, así que probablemente no haya más evidencia directa que recopilar,” afirmó. “Realizaré entrevistas con los responsables implicados y las facciones esta tarde, pero espero que el caso esté listo para el tribunal a finales del día. A más tardar, mañana por la mañana.”

Probablemente mañana entonces. En su experiencia, la burocracia del Consejo apenas se movía más rápido de lo que estaba obligado a hacerlo.

“¿Qué puedo esperar si se determina que no tengo culpa?” preguntó Song.

“Las brigadas involucradas serán disueltas, los responsables reasignados fuera de Tolomontera y los capitanes de las facciones remitidos a su pacto para cualquier disciplina adicional,” respondió la comandante. “Se añadirá una nota a sus expedientes sobre el asunto y será tomada en cuenta en futuras confrontaciones contigo.”

Bueno, eso debería poner fin a cualquier pensamiento de vengarse de ella por las molestias ocasionadas. Maryam había interpretado esto correctamente, lo cual le brindaba cierto consuelo. Sin embargo, la ausencia de un nombre mencionado le apretaba el estómago con fuerza.

“¿Y el profesor Kang?” preguntó ella.

“Como oficial alistado, Yun Kang ejerció su derecho a negarse a responder preguntas bajo el juramento de veracidad,” respondió la comandante Salimata. “Niega cualquier implicación. Como no hay evidencia directa más allá de un informe a segunda mano, se dejará una nota en su expediente, pero sin ninguna otra sanción.”

Era un esfuerzo mantener su rostro impassible.

“¿Ninguna?” logró decir con esfuerzo.

La comandante Salimata frunció el ceño y luego miró a Wen. Este mutiló la última naranja en respuesta, y cuando su mirada volvió a Song, de manera inexplicable se suavizó.

“Yun Kang fue agredido en su residencia esta tarde,” le informó la comandante. “Lo golpearon salvajemente y le quebraron la pierna en nueve sitios distintos.”

La mirada se enfrió nuevamente al dirigirse hacia Wen.

“Incluso tiene que ser tratado en los cuarteles, dadas las circunstancias, ya que el principal sospechoso de este ataque no puede ser legalmente impedido de acceder a esta habitación,” añadió.

Song hizo una pausa, luego lentamente se volvió hacia su protectora. El hombre con gafas metió un trozo de naranja en la boca, masticando ruidosamente antes de tragar con aún más estruendo. ¿Había realmente atacado a otro de los negros en su nombre? Dioses, ella... no era correcto atacar a alguien más vestido de negro, claramente, y además de forma ilegal. Sin embargo,

“Es insultante que siquiera considere a alguien como sospechoso,” respondió el capitán Wen sin pestañear. “Yo estaba tomando café cuando ocurrió, como sabes. Hay tres testigos.”

“Sí, estoy bien consciente,” espetó la comandante Salimata. “La chica de Tariac, tu antigua amiga de Historia y una verdadera diabla. ¿Me tomas por tonta, Duan? Una pelea podría haberse pasado por alto como un ajuste de cuentas entre oficiales, pero tú le diste con un martillo de herrero en la pierna.”

“Acusaciones infundadas,” respondió Wen con afabilidad. “Pero me figuro que quien la hizo pensó que no habría más poesía que recordarle a Yun Kang la necesidad de tener cuidado en cada paso que dé, por el resto de su miserable y maldita vida.”

Song dejó escapar un suspiro de sorpresa, casi retorciéndose cuando la mirada furiosa de la comandante se dirigió hacia ella.

“No entiendo. ¿No puede el profesor Kang solicitar los servicios de Lady Knit?” preguntó con duda.

“Ya ha pasado más de un día,” suspiró la oficial de piel oscura. “Ella contará cada momento de descanso como una reparación distinta. El precio por tantos favores sería...”

“Ruinoso,” sonrió el capitán Wen, mordiendo con deleite un trozo de naranja.

La comandante Salimata se controló visiblemente.

“Duan, has pisado una línea peligrosa,” le advirtió con dureza. “A menudo lo haces. Más vale que nunca tropieces, o el próximo hoyo en el que te entierren hará que el Dominio parezca un paraíso.”

Él se encogió de hombros.

"Ha sido un placer, Salimata, pero creo que hemos terminado aquí."

"Por ahora," dijo ella, luego dirigió su mirada a Song. "Que tengas un buen día, capitán Ren. Es probable que no volvamos a encontrarnos, así que te deseo años fructíferos en la Vigilia."

"Y tú," respondió Song.

La pesadez del silencio que dejó a su paso era palpable. Song aclaró la garganta.

"Si te preguntara qué ocurrió en Tariac," dijo de forma insinuante.

"Tendría que decirte que te ocupes de tus asuntos, solo que de manera menos cortés," respondió Wen.

Bueno, ella podía aceptar una mano. Sobre todo si le era entregada con cierta insistencia.

"¿Has decidido qué harás?" preguntó con tono conversacional.

"Asistir a clase," respondió ella.

Él parecía realmente entretenido con eso.

"¿Y después?"

Ella mordió su labio. Song no había dormido bien desde que Maryam partió, y en lugar de eso pasó mucho de la noche mirando las paredes. Pero una idea había echado raíces, por peligrosa que fuera.

"Necesito tu ayuda," dijo.

"Eh," respondió Wen, sin prometer nada. "Al menos pide."

"¿Tienes acceso a los registros del puerto?" preguntó Song.

El gran hombre levantó sus gafas, luciendo bastante interesado.

"No oficialmente," dijo. "Pero se puede hacer. ¿Por qué?"

"Necesito que averigües algo por mí," dijo ella. "Y que sirvas como testigo mientras firmo unos documentos."

Wen Duan suspiró.

"Y esto estuvo muy cerca de ser interesante," lamentó.

--

El arroz con ajo no estaba tan bueno como la noche anterior, pero después de unos momentos sobre el fuego, estaba caliente y fragante.

Maryam sacó unas tiras de pescado salado de la olla para acompañar el desayuno, haciendo muecas durante todo el rato. Sabían a cuero de mar salado, aunque dado lo ridículamente barato que era el pescado salado, sabía que tendría que acostumbrarme. Era difícil discutir con carne que podía conseguirse por monedas y que duraba hasta el Tiempo del Desgaste, mientras la mantuvieras fresca y seca.

"Si sigues mirando fijamente, huirá de vuelta al mar," dijo Tristan con sequedad.

La mirada subió del pescado al ratón.

"No sufriré respuestas groseras de un hombre que preguntó si tenemos vinagre para sumergir eso," dijo Maryam, apuntando con un dedo acusador.

Su sonrisa se ensanchó aún más.

"¿Qué carne comiste, si no podías tolerar el pescado?"

"Principalmente cabra," dijo ella. "Cerdo o vaca cuando era temporada de matanza."

Tomó un bocado de arroz y lo escupió.

"Lo que más extraño son las frutas," admitió. "Volcesta está en la cima de un valle lleno de huertos; todas las mañanas las calles estaban llenas de carretas de vendedores. Podías conseguir un canasto entero por unas monedas de la ciudad."

Él ladeó la cabeza.

"¿Monedas de la ciudad?" preguntó.

Ella mordió otra porción de arroz.

"La mayoría de los reyes crearon su propia moneda," le contó Maryam, "pero muchas eran basura, y las monedas solo se usaban en su propia ciudad."

Las colinas alrededor de Volcesta poseían hierro y cobre, pero nada más, por lo que los Khaimov estaban entre los peores infractores de los Izvoric. Los comerciantes a menudo se negaban a aceptar la moneda de Volcesta, salvo si era dinero de daga, cobre moldeado en una daga opaca. La madre solía burlarse del padre por no usar nunca su propia moneda si podía evitarlo.

"Así que, monedas de la ciudad," dijo él. "En contraposición..."

"Monedas de comerciante," replicó ella. "Esas tenían peso, tamaño y forma establecidos por ley. Era un crimen grave falsificarlas, o motivo de guerra si eran de mano de un rey."

"Parece una locura que nadie tenga eso," musitó él. "Sacromonte libró una docena de guerras para asegurarse de que la única moneda acuñada en el mar Trebiano fuera la suya. Incluso las cecas del extranjero están controladas por la Casa de Fabres."

Maryam había escuchado sobre eso. El capitán Totec se había quejado más de una vez del 'robo sacromontano' y de cómo era una herida autoinfligida por la Guardia.

¿El Tratado de Blancaflor, ¿verdad?

El gran acuerdo que puso fin a las innumerables pequeñas guerras que Sacromonte había librado contra la Guardia en sus primeros intentos de expandirse por el Mar Trebiano. Asintió con la cabeza.

Es la mitad de la razón por la que alguna isla allá afuera todavía escucha a los Seis, dijo. Todo el mundo sabe que la Ciudad solo tiene la flota más grande del Mar Trebiano sobre el papel.

De lo poco que Maryam sabía del tratado, se consideraba un golpe para ambas partes; aunque la influencia de Sacromonte había disminuido a lo largo de los siglos, y los derechos concedidos que alguna vez fueron el orgullo de su corona ahora eran como madera flotante para un naufrago. La mujer de ojos azules terminó el último bocado de arroz, dejando solo dos franjas de pescado salado en el borde del plato.

Tarde o temprano, los comería.

¿Realmente no echas de menos nada de Sacromonte? preguntó Maryam. Rara vez habla de ello con cariño.

Porque es una pocilga, respondió él con crudeza. Lamento algo de la comida, pero aprenderé a hacerla yo mismo. No tengo intención de volver allí nunca más que para resolver asuntos privados.

Me resulta difícil entender eso, admitió ella.

El mal que conociste, fue importado, dijo Tristan con un encogimiento de hombros. El mío nació y se crió justo al otro lado de la ciudad.

Había terminado su plato, pescado y todo, y se levantó para guardarlo. Ella bebió de su agua, retrasando lo inevitable.

¿Nos encontraremos con Song en algún lugar en particular? preguntó desde la cocina.

Justo en Teología, respondió ella. No sabía cuánto duraría la interrogatoria, así que dijo que sería mejor encontrarse allí en su lugar.

Esperaba que no matase a otros cuatro estudiantes en el camino, musitó Tristan. Creo que serán menos indulgentes la segunda vez.

Era una broma sin gracia, pero no con la intención de herir, y aun así Maryam sintió que se le escapaba un gesto de disgusto. Porque no fue Song la que mató a la mayoría de sus emboscadores, ¿verdad? Fue algo que se hacía llamar la Guardiana de los Ganchos, como si todavía hubiera alguien vivo que dignara ostentar ese título. Como si el alma de Maryam no hubiera sido una pira funeraria más, siglos atrás, repleta de conocimientos mágicos.

Solo Song dijo que vio un alma en su interior, entonces, ¿y si aquello no era más que una cosa sin forma? Su corazón se apretó.

Eso no fue tan ofensivo como para merecer esa expresión, dijo Tristan.

Su rostro aún sonreía, pero sus ojos grises se habían enfriado.

No se trata de Song, dijo Maryam, alcanzando sus dedos de madera. Ha habido...

Suspiró profundamente.

Podremos hablar de ello en serio en otro momento, dijo Maryam. Primero quiero respuestas del capitán Yue.

La observó en silencio por un instante, luego asintió.

Como tú digas.

No parecía resignado, pensó ella, sino... ¿sorprendido? Como si solo fuera algo que cabía esperar, y eso era lo que más le afectaba. Esa cuerda deshilachada que cada vez se deshacía más, hasta que un día, al tirar de ella, no quedara nada. Maryam dejó su taza.

No hablamos anoche, dijo.

Alzó una ceja.

Hicimos muy poco más, respondió Tristan.

Hablamos de Song y de los planes, corrigió Maryam. No hablamos.

Eso le hizo detenerse, vio. Su mirada se desplazó hacia la derecha, mostrando una irritación que cruzaba su rostro.

¿Tu diosa? preguntó ella.

Pensé escuchar una mosca zumbando, respondió con ligereza.

Maryam no hubiera creído ni aún si él se tense inmediatamente después, como si estuviera conteniendo el impulso de defenderse de un golpe en la cabeza.

—Está bien —dijo él, aclarándose la garganta—. Por favor, continúa.

—No estoy seguro de ser la persona adecuada para hablar —dijo con sinceridad—. Tú eres quien está molesto conmigo.

Él pareció sorprendido, como si no hubiera estado marchando desde ayer con esa espina en el alma. Ella casi suspiró.

—Llegaste ayer con los puños en alto, listo para pelear —le dijo.

—Porque sabía que íbamos a—

—Esto no tiene nada que ver con Song —afirmó con firmeza—, y no podrás salir de esta conversación empezando a hablar de ella.

Pasó un momento. Él sonrió, listo para parecer encantador, y Maryam sintió ganas de darle una patada. No lo hizo, pero afortunadamente había una alternativa.

—Oh gran diosa —llamó al viento—. Maryam Khaimov te promete un favor digno si le quitas esa falsa sonrisa de la cara.

Sus ojos se abrieron de par en par, y de repente mostró una expresión vacía.

—Como que eso —comenzó, luego retrocedió, girando la cabeza hacia la izquierda con una mirada furiosa—, ¡ay! ¿De verdad, estás pinchando, ¿en serio? ¿Eres una niña?

—Gracias, oh gran una —dijo solemnemente Maryam.

—Solo te estás halagando, idiota vanidoso —se quejó, agitando las manos como si espantara el aire—. Mejor váyanse, ¿quieres? Aquí estamos teniendo una conversación.

Tras un instante, soltó un suspiro, apoyó los codos sobre la mesa y sus ojos grises se posaron en ella.

—Eso fue inapropiado —dijo.

—Y también lo fue esa sonrisa de Ferrando Villazar —replicó con franqueza—. ¿De veras es mucho pedir que no huyas de esta conversación?

Su mandíbula se tensó.

—Eso es muy rico, viniendo de ti —replicó Tristan mordaz.

Pudo ver el instante en que se dio cuenta de lo que había dicho, cómo forzó su mirada para que no bajara hacia su mano, y supo en ese instante qué era lo que le inquietaba. Los dedos, por supuesto. Aunque se burlaba del honor muypreciado de Tredegar, no era menos celoso respecto a las deudas que los Pereduri.

—Estaré más insultada —dijo Maryam— si te callas.

Toda su expresión se contrajo, como si se preparara para recibir un golpe en la mandíbula.

—No es justo ni cierto —dijo—, y no merece ser mencionado.

—Hazlo de todas formas —dijo Maryam, y no fue una petición.

Sus ojos grises se cruzaron con los azules. El silencio se estiró como una cuerda tensa, hasta que Maryam empezó a abrir la boca, pero fue interrumpida justo en el último momento.

—Me arrastraste a esta brigada —mordió Tristan—, y luego me dejaste en ella en cuanto las cosas se torcieron.

—Porque me fui esa noche —dijo en voz baja.

Él apretó los dientes.

—Porque tú abandonaste esa noche —asintió, casi admitiendo—. Pero eso solo es la aleta del tiburón. No necesito que me tomes de la mano, Maryam, pero esperaba que al menos estuviéramos en el mismo maldito barco. Solo cuando en el Trigésimo tercer nivel hay espadas en movimiento, tú te retiras.

—Solo me fui —

—Tú te apartas en tu cabeza —interrumpió—. Mastica la ira, deja de escuchar, deja de hablar. Si te enfadas con Song, explótalo. Si te enojas con Tredegar, explótalo —quizá escupiendo algunas espinas de pescado hacia ella—. Solo hay tantas veces que estoy dispuesto a aliviar las heridas por una trama en la que solo me uní por ti en primer lugar. Si no te importa, ¿por qué en los Manes debería importarme a mí?

Maryam abrió la boca para argumentar, para hacerle entender, pero se obligó a cerrar. No era como Tristan o Song, que podían entrar en una habitación llena de desconocidos y en una hora encontrar los resortes para manipular a la mitad. Ella no tenía esa mirada, ese talento. Pero a veces pensaba que esa misma habilidad se volvía en su contra. Muchas veces, los consideraban la prueba en una conversación, algo que se ganaba o se perdía.

No era así, así que en lugar de discutir, Maryam escuchó. Se obligó a entenderlo. Ambos habían sido pareja en el Dominio. Del mismo bando, y aunque guardaban sus propios secretos, avanzaban en la misma dirección. No era así en Tolomontera, Maryam debía admitirlo. Ella había estado perdida, y siempre que no estuviera furiosa, ayudar a Song había sido su brújula en el norte.

No estaba equivocado al sentir que quedaba atrás.

“Lo siento,” dijo ella.

Una parte de ella dolía por la sorpresa genuina en su rostro.

“He estado,” comenzó ella, luego vaciló. “Mis Signos fallando, eso me ha pesado. Podían expulsarme de Scholomance, y parecía que no había solución. Pero ayudar a Song, sentía que era trabajo de la capa negra. Estabilizar la cábila, ser una buena vigilante.”

Suspiró.

“Creo haber encontrado una manera, para mis Signos,” dijo Maryam. “No necesito...”

Ser la que sostenga a Song, ser la útil, no lo dijo en voz alta. Lo necesito menos.

“Yo tengo mi propio camino,” finalmente afirmó. “No volverá a suceder.”

Él asintió lentamente, con rostro inescrutable. ¿Creía en ella, entendía? No podía decirlo y, de repente, todo parecía cansado, celebrar esa duda constante. Quizá también había guardado palabras injustas en su interior.

“Lo admiro, sabes,” dijo Maryam. “Cómo, cuando todo se desmorona, mantienes la mente fría. Ves solo lo que necesitas y vas directo al corazón.”

Una ceja se arqueó.

“Pero,” dijo Tristan.

Su puño se apretó, las articulaciones de madera crujieron.

“Debes aprender a dejarlo, Tristan,” dijo Maryam en voz baja. “Al menos cuando llegues a casa. No puedes estar siempre en modo de guerra; un solo paso en falso y las dagas están afuera. Es agotador.”

Él permaneció en silencio. Se pasó la lengua por los labios.

“No quiero decir que...” dijo finalmente.

“Lo sé,” respondió ella. “Pero tú tampoco luchas contra ello. Y sé por qué lo haces, que te ha servido, pero—”

“Es agotador,” susurró él.

“Cuando tú me gestionas, no,” dijo Maryam. “Lo noto, Tristan. Solo significa que tengo que indagar un poco más para entender qué piensas realmente, y puede ser divertido, pero muchas veces resulta una tarea.”

Un atisbo de dolor, como si quisiera disimularlo antes de darse cuenta y detenerse.

“Prefiero las partes feas si eso significa que eres honesto,” afirmó ella.

Un lento asentimiento.

“Eso es,” comenzó él, mordiéndose luego la mejilla interior. “No es lo que me enseñaron, ni cómo soy.”

Sus ojos bajaron, tristemente.

“Haré el intento,” dijo. “Pero no creo que realmente comprendas lo que se espera de un Máscara.”

“Entonces dime,” dijo ella suavemente.

Él apartó la vista.

“Lo pensaré,” afirmó. “Algunos de mis maestros hablan diferente a otros.”

Maryam exhaló lentamente.

“Eso es todo lo que pido,” afirmó.

Sus manos, se dio cuenta, temblaban. A veces solo uno se da cuenta de cuánto extrañaría algo cuando empieza a escaparse entre los dedos.

Agradeció haberlo notado a tiempo.

“Qué mucho hablan estos días,” bromeó débilmente Maryam.

Él le devolvió una sonrisa igual de débil.

“Pero sigue siendo mejor que el Agujero del Terror,” dijo Tristan.

Se miraron unos instantes, luego una carcajada escapó de ella. Saltó a la risa, igualando la expresión con la suya. No había sido tan gracioso, pero la liberación se sintió bien. Como aliviar una fiebre. Después de que la risa se disipó, Maryam preguntó la hora y descubrió que casi llegaban tarde.

Qué desafortunado, ella no tuvo tiempo de terminar su plato. El pescado tendría que esperar.

“La Fortuna llama en su favor.”

Sus ojos se dirigieron hacia el ladrón, encontrándolo recargado contra la encimera de la cocina con una sonrisa burlona.

“¿Ya?” preguntó ella. “Estoy toda oídos.”

Él ladeó la cabeza, como si escuchara, y luego asintió.

“Todo el pescado en tu plato,” dijo. “Mételo en la boca y trágalo.”

Maryam aclaró su garganta.

“Oh, gran uno,” intentó, “seguramente—”

“No discutas, o conseguiré otra raya del cubo.”

La Izvorica frunció el ceño, mirando su plato.

“Eso parece, que contrataras a un dios malvado,” murmuró, y bajó la mano.

No se debe decir que Maryam Khaimov no cumpliera con su deber. Su deber odiable, tremendamente odiable.

--

Dado que volvería a sentarse con Song Ren, parecía apropiado que la clase de Teología tratara principalmente sobre contratos.

Era un tema lo suficientemente apasionante que ni siquiera la profesora Artigas, conocida por su carácter severo, encontró motivos para fruncir el ceño al comenzar su lección; incluso algunos estudiantes se inclinaban hacia adelante. Primero explicó los términos básicos, qué calificaba como dios y luego qué era un contrato—para este, ‘todo poder prestado por un dios con un precio y duración fijos’. Tristan se preguntaba cómo clasificaría ella los contratos en general—¿la naturaleza de los efectos, quizás, o los propios dioses?—y se sorprendió con la respuesta.

“Precio,” escribió la rubia en la pizarra. “Dada la inmensa diversidad de dioses y bendiciones, la única forma práctica de clasificar los contratos es por el precio.”

Murmuros de interés, seguidos por el movimiento impecable de su cabello mientras la Navegante dibujaba un Signo y cubría las manos del más ruidoso de los infractores, haciendo que cesaran rápidamente.

“El contrato más simple es el ‘contrato de bendición’,” dijo, escribiendo esas dos palabras. “El dios presta al contratista una habilidad a cambio de una promesa de realizar una acción concreta para él—la bendición homónima—usualmente en un plazo determinado. Una vez que esa acción se cumple, la habilidad suele, si no siempre, ser retirada.”

Tarareó.

“Los contratos de bendiciones son más comunes entre los dioses más débiles y los más poderosos, es decir, inteligencias etéreas que son demasiado sutiles para mantener varios contratos más complejos o lo bastante arraigadas como para ignorar los riesgos de una inversión desfavorable.”

La profesora subrayó ‘contratos de bendiciones’ y luego bajó la tiza.

“‘Contratos de intercambio’, a veces llamados ‘contratos de balanza’, son los contratos más frecuentes en Vespero,” explicó la profesora Artigas. “Según nuestras estimaciones, aproximadamente siete de cada diez corresponden a esta categoría. El principio básico es sencillo: el contrato concede al contratista acceso a una habilidad, pero cada vez que se usa, debe pagar un

precio.”

Se echó a reír suavemente.

“A los dioses les gustan estos arreglos principalmente por la misma razón que a los ricos les agrada ser arrendadores,” continuó la profesora con tono pausado. “Una inversión relativamente pequeña puede generar grandes beneficios con el tiempo. La mayoría de los casos de santidad provienen de contratos de intercambio, ya que pocos dioses impedirán que su contratista exagere.”

Tristan ladeó la cabeza. Entonces estaba obligado a Fortuna mediante un ‘contrato de intercambio’, a los ojos de los Vigilantes. Otro trazo de tiza seguido de palabras.

“Contratos hereditarios,” anunció la profesora Artigas. “Los menos comunes. Solo los poderes reales como la realeza Izcalli, los sacerdotes de la Círculo de algunas sectas de reencarnación, y la propia Casa de Arquer en Sacromonte, logran asegurarlos con regularidad. Los contratos hereditarios son únicos en que el dios no contrata con un individuo, sino con una línea de sangre.”

Ella se encogió de hombros.

“Todo el conocimiento sobre contratos se mantiene en secreto, comprensiblemente, pero lo que rodea específicamente a los contratos de legado,” dijo ella. “Puedo decirte que el precio se fija de antemano y es idéntico para cada firmante en dicho contrato, y que la descendencia directa del contratista original suele ser casi siempre un requisito. Por regla general, estos contratos se consideran entre los más ‘potentes’ en sentido directo, pero a menudo acarrear costos debilitantes.”

Un trazo más.

“Contratos por capricho,” dijo ella. “Solo menos raros que los legados, porque cubren una amplia gama de aquello que solo podemos llamar rarezas. Algunos dioses se formaron o subsisten a partir de conceptos que no se prestan fácilmente a precios, ya sea como gracia o intercambio. Llamamos a estos ‘contratos por capricho’ porque el dios puede exigir un precio aparentemente insignificante, que simplemente conduce a su contratista a situaciones que sirven de oración para ellos.”

Hizo una pausa.

“Un dios que se alimenta de peleas, por ejemplo, podría requerir que su contratista sea habitualmente insolente,” dijo la profesora Artigas. “Más adelante profundizaremos en ejemplos más elaborados y, posiblemente, insidiosos de esto.”

No hacía falta más que los Signos para mantener a la clase cautivada, y las tres horas se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos. Tristan nunca había tomado tantas notas en su vida, pero el tema lo merecía. Pocos hombres eran más peligrosos que los contratistas en el mundo.

El ladrón observó a Tredegar, quien se había sentado con el Trigésimo Primero y le había asintido en señal de despedida, solo a él, de los restos del Decimotercero — que él correspondió en igual tono — y luego se alejaron con el grupo de Ferranda. ¿Realmente ella había cambiado de embarcación, ¿verdad? Bien por ella. Parecía más feliz por ello, y él también se sentía más feliz sin preguntarse si algún día cruzaría alguna línea de honor que la llevara a apuñalarlo. Todos ganaron.

Excepto Song, y eso no era una tragedia.

Las gestiones para la conversación que no esperaba con ansias resultaron bastante sencillas.

“Necesito recoger algo en el Triángulo,” le dijo Song. “Si conoces algún lugar agradable para comer, podemos encontrarnos allí y te invitaré.”

Tristan levantó una ceja.

“¿No Maryam?”

La Tianxi negó con la cabeza.

“Que sea mediador arruinaría el propósito de la conversación,” explicó ella.

La charla quizás no tuviese ningún sentido, pensó, pero no valía la pena discutir por ello. Asintió y reveló la ubicación del restaurante de paellas, recibiendo una sonrisa feliz de Maryam. Pero esa felicidad no duraría, así que no permitió que lo disfrutara demasiado.

Una hora y media después, se acomodó en un rincón con la espalda contra la pared mientras Song terminaba la última porción de paella. Pareció disfrutarla, para su humilde sorpresa, aunque admitió preferir las especias de Tianxia al paladar de Liernan. El ladrón intentó de manera poco convincente iniciar la conversación cuando sirvieron los platos, solo para recibir una mirada seca en respuesta.

“Deberías al menos disfrutar de la comida,” dijo Song.

Pero ahora que había terminado, era hora de pagar las consecuencias. Para su sorpresa, ella sugirió que caminaran primero hacia los muelles. Finalmente encontraron un banco entre las sombras, con vista a los embarcaderos de piedra y las seis naves atracadas. La mayoría estaban vacías, aunque el más grande tenía algunos guardianes de oscuro uniforme en la cubierta y la caraca a la izquierda tenía a alguien en el nido de la corona. Se acomodó lo mejor que pudo, dejando un pie sólido de distancia entre ambos en el banco.

“Disculpa,” dijo Song Ren de repente.

Él la miró de reojo.

“¿Por qué?”

“Por culparte aquella noche,” afirmó ella. “Por muchas cosas, pero sobre todo por lo que hicimos con el traidor. Yo fui tan parte de aquella decisión como tú.”

Tristán gruñó en señal de reconocimiento. Una disculpa no era nada, solo que no era mucho.

“Maryam me dice que quieres abandonar el Catorce,” comentó ella.

Él se encogió de hombros.

“Creo que será mejor para todos,” respondió Tristán. “Aunque al menos me quedaré hasta el próximo mes, como ella pidió.”

“No te causaré problemas si deseas transferirte,” afirmó Song. “Por otro lado, he estado pensando en cómo convencerte de que te quedes.”

Pensó que tal vez una dosis de sinceridad directa podría salvarlos de pasar una hora frustrante dando vueltas en círculos.

“No hay manera,” afirmó él. “Estoy aquí principalmente por cortesía a Maryam.”

“No sería convincente si tú quisieras ser convencido,” respondió Song con pesar. “Pero creo que necesitaré algo más de tiempo; para eso, he estado pensando en tu situación para ganarme el derecho a esa conversación.”

Él frunció el ceño hacia ella.

“Incluso si matara a toda la Cuarta Nueve en una noche,” dijo con calma Song Ren, “no sería el fin de tus problemas, en realidad. Solo una solución temporal, en el mejor de los casos.”

Tristán quedó paralizado, observando su rostro, y no encontró rastro de mentira allí. Ella lo había considerado en serio. Comenzaba a entender que había caído en una conversación muy distinta de la que esperaba.

“El verdadero problema es la recompensa,” admitió con cautela la ladrona. “Pero no conozco manera de que la retiren.”

“No hay manera,” concordó ella. “Quienquiera que la hubiese puesto, tiene suficiente influencia dentro de la Guardia para que no puedan forzarla a quitarla fácilmente. Sin embargo, en esencia, hay un impedimento para cobrarla.”

Se recostó hacia atrás, acercándose a su abrigo.

“Para sacarte de Tolomontera, necesitan un barco,” dijo Song.

Él tarareó pensativo. Era algo evidente, pero al estar los dos sentados en la brisa vespertina mirando los muelles, las implicaciones del Tianxi eran tan claras como el agua. La Biblioteca de Marfil no podía saber cuándo las brigadas que habían contactado en la isla podrían apresarlos — lo

que significaba que o tenían un lugar para esconderlo como prisionero, o el barco que debían robarse seguía en el puerto.

“Crees que descubriste cuál,” adivinó Tristán.

“El pequeño bergantín en el extremo este del muelle,” dijo Song. “Se llama Palmyran y no es un barco de la Guardia, estrictamente. Es contratado y propiedad de la Sociedad Peiling, pero no porta la bandera negra.”

Frunció el ceño.

“¿Y dejan que ataque en Port Allazei igual?”

“Alguien movió sus hilos,” explicó ella. “Según consta, están llevando suministros restringidos para Scholomance. También debían haber partido hace una semana, pero la guarnición decide no intervenir en el asunto.”

“Alguien sobornó,” soltó Tristan con franqueza.

“Más bien, no,” replicó Song. “Que te atraparan poniendo en peligro el aislamiento de Scholomance terminaría con tu carrera. Dado que los barcos contratados por la Guardia tienen cierto derecho a usar puertos de la Guardia cuando sea necesario, probablemente sea suficiente con ser un dolor de cabeza para que la guarnición prefiera esperar a que el Palmyran se quede en el puerto.”

Hubo una pausa.

“No parecen una amenaza significativa, ya que la tripulación solo cuenta con doce personas, y ninguna más que el capitán, una ex-guarda retirada, puede salir del muelle,” explicó ella.

Soltó un suspiro profundo.

“Es una tripulación pequeña, incluso para una carabela”, dijo Tristan. “Todo lo que se necesita es una tormenta fuerte para quedar sin puerto y estar en graves problemas.”

“Un barco más grande habría visto con claridad que el Colegio intentaba introducir tropas privadas dentro de Port Allazei,” le informó Song. “Claramente, la influencia de tus enemigos tiene sus límites.”

“Siempre son buenas noticias,” respondió Tristan con tono irónico.

Ella le hacía un favor compartiendo esa información, y no debía pasar desapercibido.

“Gracias por la información,” añadió. “Estaré atento a cualquier cosa que pueda serte útil.”

“He estado reflexionando sobre tu situación,” repitió Song.

La conversación parecía aún no haber llegado a su fin, al menos desde su punto de vista, por lo que él permaneció sentado, incluso mientras la brisa traía el silencio.

"Los eliminaría por completo," dijo de repente. "El Palmyran, el Cuarenta y Nueve. Acábales en un solo golpe."

"¿Y cuál sería la trampa?"

"Los medios que tengo en mente requerirían de tu total confianza," explicó Song. "Y en este momento, creo que confías en mí tanto como en Tupoc."

Tristan aclaró su garganta.

"Aún me superas en confianza respecto a Tupoc," le aseguró.

Pero Boria, el dios devorador de mentes en esa columna del Dominion, también había sido superior a él, por lo que la valía real de ese logro era cuestionable. En defensa de Tristan, esa antigua aberración había sido bastante amistosa, si uno hacía oídos sordos a los ruidos de masticar piernas.

"Es una recomendación sólida respecto a mi desempeño como capitán, la que puedo merecer," respondió Song con cierto pesar.

Su ceja se levantó. Tristan no se movió para defenderla, preguntándose si esa era la estrategia, pero su expresión no mostraba expectación alguna.

"Así que, como paso intermedio, consideré qué podría hacer que confiaras en mí en alguna medida," continuó, mirando hacia el agua.

Le echó un vistazo, evaluó su estado de ánimo y decidió ser un poco más honesto.

"No entiendo por qué te molestarías," dijo con franqueza. "No nos llevamos bien y Maryam te acompañará cuando me vaya."

Una amarga decisión, pero la aceptó. Para su sorpresa, la Tianxi se echó a reír.

"Yo también me he preguntado eso," confesó Song. "Si no sería inmadurez aferrarse a la Thirteenth, como llegó por primera vez a estas tierras, en lugar de dejar que los acontecimientos siguieran su curso y de construir una propia, sin tantas..."

"Huecos en la estructura," sugirió él.

"Así es," asintió ella.

"¿Y qué más?"

"Y eso olía a vanidad, a desear convencerte de que te quedaras," admitió Song. "Así que estudié quién podría reemplazarte."

"En las próximas semanas habrá muchos interesados," predijo Tristan. "Una vez que unas cuantas brigadas fracasen, habrá candidatos para elegir a montón."

"No soy ciega a eso," afirmó ella, respirando profundamente. "Pero si quisiera escoger desde el nivel más bajo, nunca habría ido con Maryam al Dominion. Soy una Banda recomendada, Tristan — que pueda integrar un consejo no está en duda, solo la calidad de quienes lo integran. Nos embarcamos en la búsqueda de diamantes en bruto."

"No hay muchos Tredegars de sobra por allí," comentó él.

"No solo ella," añadió Song Ren.

Él levantó una ceja. Era un poco tarde para lisonjas.

"Wen la llamó una de las más talentosas del elenco del año," afirmó, "pero no lo pensé realmente hasta que tuve que decidir con quién reemplazarte."

Ella resopló.

—Desde que llegué a Puerto Allazei, he conocido estudiantes con habilidades subrepticias, otros con talento para la táctica y capaces de diplomacia —dijo Song—. Algunos incluso poseían dos de esas cualidades.

Una mirada fija.

—Sólo uno con tres —afirmó—. No pretendo ignorar que hay quienes admiro más por sus habilidades, pero al final, es revelador que necesitaría dos sustitutos para llenar el vacío que tú dejas.

Tristán sostuvo su mirada, gris contra plateado.

—¿Es en este momento donde debería soltar un agradecimiento por un cumplido poco elaborado y jurar lealtad eterna? —preguntó con tono moderado—. Aprecio las flores, Song, pero no cambian nada.

—No espero que lo hagan —respondió ella—. Reconozco una falla, Tristán. Creí entender cómo debía ser la brigada que quería liderar, y consideré cualquier desviación de ese ideal como una imperfección. Debería haber aprendido a liderar la Trece, tal como existía, en lugar de la que deseaba.

Él hizo un sonido de asentimiento.

—Que esa percepción te sirva en los días venideros —dijo.

Ella pareció divertirse.

—Es casi envidiable que te desagrade tan abiertamente —comentó—. Tanto Tianxi como Stripes prefieren que esas cosas permanezcan ocultas.

—No eres la peor persona que conozco —admitió—. Pero no soy alguien a quien desee recibir órdenes.

—Supongo que eso no —reconoció ella—. Pero lo que quieres, en realidad, es librarte de los problemas que te acechan; por eso preparé esto para ti.

Se enderezó y alcanzó una funda con papeles doblados en su abrigo. Frunciendo el ceño, él los aceptó cuando se los ofrecieron. Tres copias de lo mismo, detectó, y empezó a leer.

‘Ver la verdad de las cosas’, seguido de una lista de lo que eso implicaba. Dioses, ilusiones, a través de Gloam y Glare, incluso en la oscuridad natural. Ver desde la distancia y tener la capacidad de leer contratos como letras doradas en el idioma adecuado. ‘Luren’, un dios menor cuyo origen se desconocía. Entonces, sus ojos grises se alzaron.

—¿Qué es esto? —preguntó Tristán.

—Los términos exactos de mi contrato, tal como los conozco —dijo Song—. Firmado y atestiguado por mi protectora, la capitana Wen Duan. Es un documento formal, válido ante un tribunal.

Tristán parpadeó y bajó la vista, seguro de que había pasado por alto algo. Sólo había una frase relacionada con el precio.

—No lo sabes —dijo lentamente—. ¡No sabes cuál es tu maldito precio?

Ella tuvo la decencia de parecer avergonzada.

—No puse uno cuando acepté el contrato de Luren —dijo Song.

—Al menos debiste haber establecido un límite —insistió él—.

—Toma lo que desees —cautamente citó ella—.

Él se atragantó.

—¿Cómo no eres una santa?

Incluso como un niño desesperado y sangrante, a minutos de morir, había negociado términos con la voz de Fortuna. La suerte que necesitaba para sobrevivir el día, y ella había exigido desventura en igual medida. ¿Y ahora le estaban diciendo que Song Ren, maldita sea, acababa de entregarle a un dios Tianxi sombrero una pizarra en blanco para que escribiera su precio?

—Solo tengo teorías —respondió Song con rigidez—. O el precio ya está pagado, pero no se nota, o será un acto pendiente de ser solicitado.

Y parte de él estaba fascinado por eso, por las implicaciones, pero la parte consciente mantenía su paso por la calle. Tal documento, si se difundía, podría acabar con su reputación. Song ya tenía un blanco en la espalda por su apellido, y si además se descubriese que podía leer todos los contratos, cualquier contratista con algo que esconder querría verla muerta. Y cualquier brigada que se sintiera tentada de capturarla, por la utilidad de su contrato, dudaría si descubrirían que su precio era, en definitiva, ‘tomar lo que sea’. Su dios podría arruinarla en un instante, si así lo quisiera.

Tristán organizó las piezas de información, las consideró cuidadosamente. Las colocó en la balanza para medir los riesgos.

“Podría acabar con tu carrera,” finalmente reconoció, “pero no te mataría. Es influencia, no una espada en tu garganta.”

“Pensé que dirías eso,” reconoció Song.

Ella volvió a introducir la mano en su abrigo, entregándole un segundo papel doblado. Antigua otra vez, este era... una confesión, más o menos. Una introducción, y luego lo esencial.

‘He implorado a Tristan Abrascal que participe en una operación contra sus posibles secuestradores en Palmyra y sus cómplices en la Cuadragésimo Novena Brigada, que tendrá lugar el próximo día tercero. Esto lo pondrá a su merced por mi causa. Si no logra ser rescatado de su custodia, la razón será mi traición. Haber incumplido mi palabra, traficar con personal de la Guardia y quebrantar mi deber de cuidado y protección como capitana de la Decimotercera Brigada. Lo confieso, y que esto sea considerado como admisión ante cualquier tribunal de la Guardia.’

Firmado, nuevamente con testimonio del Capitán Wen Duan. Como con el papel anterior, ella le entregó dos copias.

“Si esto no es suficiente para que dispongan a mi muerte por traición, me sorprendería y decepcionaría,” dijo Song.

Tristan pensó distraídamente que el mayor daño sería dejar una carta con Zenzele, con instrucciones para entregarla a Angharad Tredegar en caso de desaparición, y luego hacer que la segunda fuera enviada a las oficinas cerca del puerto. Si ella resultaba herida gravemente o colgada, esa sería la única apuesta restante. Aunque había un detalle que podría descarrilar todo el plan.

“¿Cómo puedo estar seguro de que esta firma es realmente de Wen?” preguntó,

“Pregúntale a él,” encogió hombros. “Tienes tiempo para asegurarte.”

Tristan meditó en silencio. ¿Disgustaba Wen tanto que lo dejara vendido si fuera secuestrado? Tal vez. Pero aquel hombre era un lealista de la Guardia hasta los huesos y no toleraría que un

estudiante de la Escuelanegra fuera arrebatado de la calle, sin importar quién fuera. Si Song pretendía traicionarlo, también debía asumir que Maryam sería silenciada de alguna forma, por lo que no se podía confiar en ella. Sin embargo, en conjunto, el equilibrio de los acontecimientos aún...

Jugaba a su favor. Y eliminar a sus cazadores facilitaría mucho encontrar otra brigada.

“De acuerdo, Song,” dijo Tristan, fijando la vista en la elegante silueta de la nave palmyrana.

“¿Cuál es tu plan?”